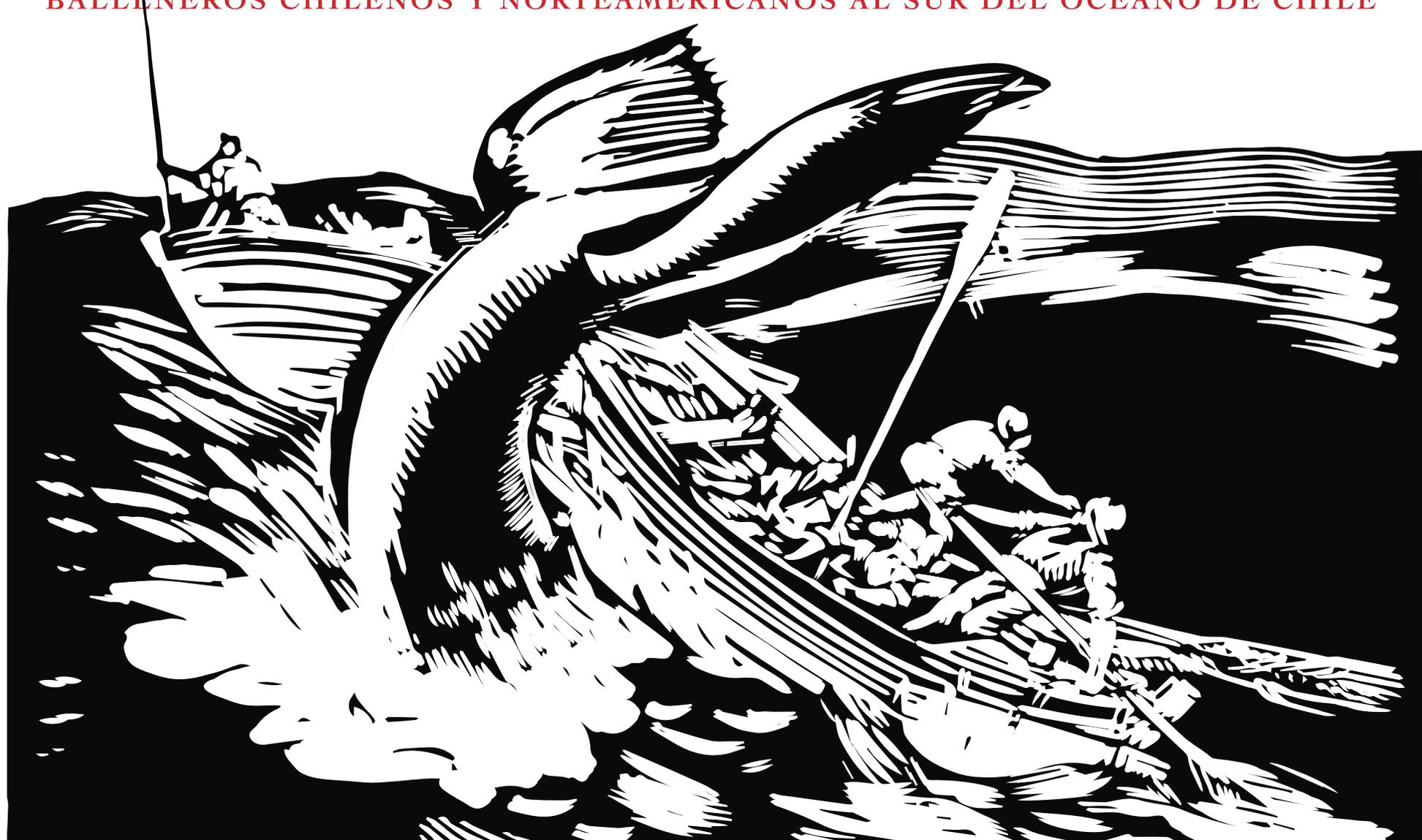


LOS CAZADORES DE MOCHA DICK

BALLENEROS CHILENOS Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCÉANO DE CHILE



pehuén

ARMANDO CARTES MONTORY

ARCHIVO
HISTÓRICO D
CONCEPCIÓN
DICCIONES

Jeremiah N. Reynolds nació en Pennsylvania en 1799. Fue oficial de la Marina de Guerra estadounidense, explorador, conferencista y editor de periódicos. Uno de los aspectos más extravagantes de su vida, fue su adhesión a las teorías del capitán Symmes, que postulaban que la Tierra era hueca y que su interior estaba habitado. Reynolds y Symmes recorrieron ampliamente su país dando conferencias sobre el tema, siempre a teatro lleno.

Su afán aventurero y científico lo llevó a emprender una expedición el año 1832, en la fragata *Potomac*, al mando del comodoro John Downes. El viaje se prolongó por varios años y lo llevó alrededor del mundo.

De vuelta en Nueva York, estudió leyes y se convirtió en un exitoso abogado y hombre de negocios. Falleció en 1858, antes de cumplir los sesenta años.

La obra más relevante de Reynolds, y que lo vincula con la actividad ballenera y la Región del Bío Bío, es su novela breve, publicada en 1839, *Mocha Dick*, texto en el que se basó años más tarde Herman Melville para escribir su famosa obra *Moby Dick*.

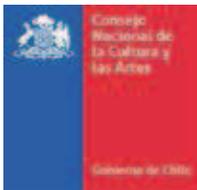


LOS CAZADORES DE MOCHA DICK

BALLENEROS CHILENOS Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCÉANO DE CHILE

ARMANDO CARTES MONTORY

SEGUNDA EDICIÓN



LOS CAZADORES DE MOCHA DICK.
Balleneros chilenos y norteamericanos
al sur del océano de Chile

© Armando Cartes Montory
© Ediciones del Archivo Histórico de Concepción
www.archivohistoricoconcepcion.cl
Pehuen

Inscripción N° 165.834.
I.S.B.N.....

Diseño y Diagramación:
Siegfried Obrist Cordoba

Segunda Edición, diciembre 2015

LOS CAZADORES DE MOCHA DICK

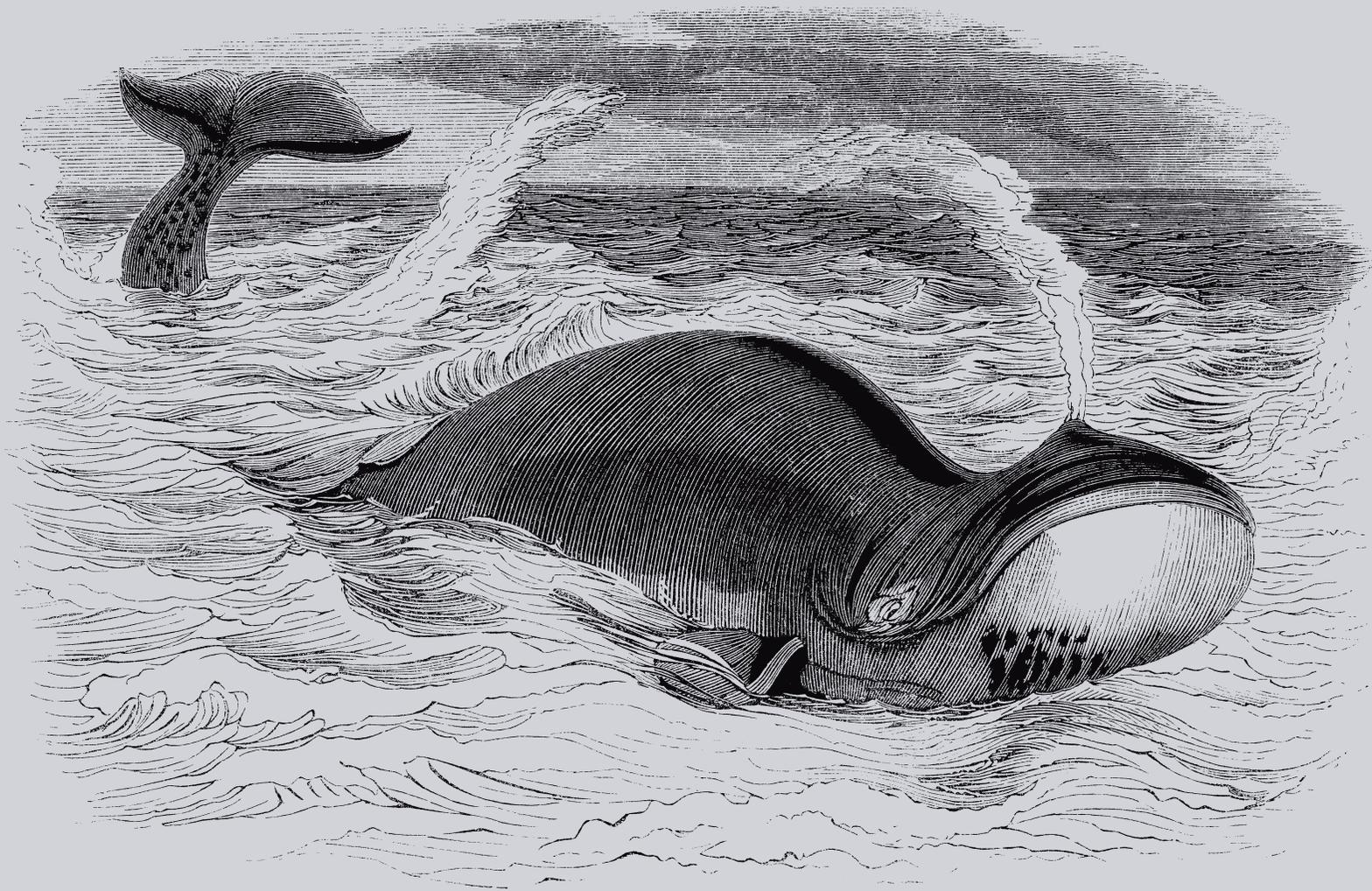
BALLENEROS CHILENOS Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCÉANO DE CHILE

ARMANDO CARTES MONTORY

pehuén

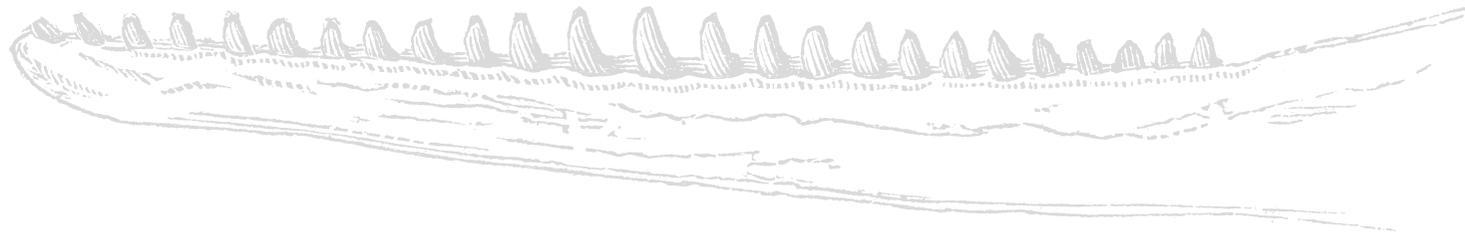
ARCHIVO
HISTÓRICO D
CONCEPCIÓN
EDICIONES





ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR A LA PRESENTE EDICIÓN	7	BALLENEROS DE TALCAHUANO Y EL GOLFO DE ARAUCO	40
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	9	CAZADORES NORTEAMERICANOS EN EL MAR DEL SUR	58
INTRODUCCIÓN	15	LA LITERATURA BALLENERA : MOBY DICK	76
LA INDUSTRIA BALLENERA NORTEAMERICANA	18	JEREMIAH N. REYNOLDS Y MOCHA DICK	84
LOS GIGANTES DEL OCÉANO	22	FUENTES CONSULTADAS	99
LEVIATANES EN EL CHILE COLONIAL	24	APÉNDICE	108
BALLENAS EN LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN	28	Mocha Dick or the white whale of the Pacific / Mocha Dick o la ballena blanca del Pacífico.	
PRESENCIA MITOLÓGICA Y LITERARIA	30		
LA INDUSTRIA NACIONAL	34		



NOTA DEL AUTOR A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro cuenta la historia de la cacería de ballenas en el sur de Chile, en el siglo XIX, con sus luces y sombras, en conexión con la misma actividad en Estados Unidos. Es también la historia de otra persecución: de los orígenes chilenos de la novela *Mocha Dick*, antecedente de *Moby Dick*, obra mayor de la literatura norteamericana. Una búsqueda que me llevó desde la isla Mocha, frente a las costas araucanas, a otra isla muy lejana, Nantucket, mítico enclave de los grandes balleneros de la época clásica de esa temprana industria global. Ha transcurrido una década desde esas aventuras, tiempo suficiente para que este libro, aparecido en 2009, recorriese su propio camino. Ya que el libro cuenta los derroteros de la investigación y sus hallazgos, quisiera contar el origen de la publicación y sus insospechadas repercusiones. Se trata de un libro al que le tengo especial afición, ya se verá porqué.

Como muchos de mi generación, que ya superamos los cuarenta años, nuestra imaginación de infancia fue estimulada por las historias fantásticas, pero bien documentadas de Mampato y su amigo Ogú. En la revista homónima, que esperábamos con ansia cada semana, disfrutamos nuestro primer encuentro amable con la historia. Un relato bien logrado y di-

bujado fue aquel que, ambientado en la trama de la clásica novela de Herman Melville, llevó a los personajes en emocionantes expediciones balleneras. En nuestra Región del Biobío, sin embargo, por más que escudriñábamos el mar, pocos ejemplares de los grandes cetáceos se divisaban, algo que por fortuna está cambiando. No obstante esta ausencia, hemos vivido rodeados de múltiples vestigios, en la zona costera: osamentas en los museos de Hualpén, Llico, Lebu y el RAM Poderoso; testimonio de compañías y antiguos buques balleneros; las ruinas de la ballenera Macaya, junto a los acantilados de Chome y, lo más sorprendente, un esqueleto completo de un rorcual, el último capturado en Chile, en el campus de la Universidad de Concepción. Nada de esto, sin embargo, parecía tener sentido ni conexión.

Interesado en las conexiones de la Región con la literatura universal, me intrigaba profundizar en las raíces araucanas de *Moby Dick*, con la amenidad de un viaje y el rigor del trabajo académico. Es lo que intenté con este libro. De regreso de Estados Unidos, el magnífico ejemplar que allí obtuve de *Mocha Dick*, obra rara y adornada con bellos grabados en madera, despertó de inmediato el interés de Jorge Barros, destacado editor cuya amistad y estímulo siempre valoro

y reconozco. Por desgracia, no era fácil financiar la obra, que debió esperar varios años. Con el tiempo -paradoja no infrecuente en el gremio de la historia- mi prólogo se transformó en un libro en forma y *Mocha Dick*, en un anexo.

Un extenso reportaje al libro, en Artes y Letras de El Mercurio, cuando todavía era un manuscrito, estimuló la pronta edición (Pehuén, 2009). A ese artículo, salido de la fluida pluma de Elena Irrarrázaval, le siguieron muchos más; en el diario El Mundo de España, Folha de Sao Paulo e innumerables medios impresos y digitales. *Mocha Dick* comenzaba a navegar nuevamente con la libertad oceánica de los grandes cetáceos. A su difusión han contribuido diversas otras iniciativas, basadas en el libro y otras fuentes, en el campo audiovisual, de la novela gráfica y, por supuesto, la inefable red. Así, un documental sobre *Mocha Dick* rueda Bio Ingeniería Audiovisual, por iniciativa de la lebulense Claudia Pino y Gonzalo Fredes, con apoyo del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. La dirección es de Cristóbal Valderrama y el guión de Daniel Olave, con todos quienes hemos compartido y discutido en torno a la “ballena blanca”, que en realidad era un cachalote. Un *teaser* fue presentado en el 12º Festival Internacional de Cine de Lebu, se-

gún informaba El Sur, el 3 de febrero de 2012. Con apoyo de SERNATUR, por su parte, Gonzalo Feíto desarrolló la serie “Cazadores de Historias”, que luego transmitió CNN y otros canales de televisión. Para la filmación recorrimos 38 comunas de la Región del Biobío, en mi caso como asesor histórico y ocasional “extra” en las recreaciones históricas. Un episodio bien logrado nos llevó, otra vez, a la isla Mocha, tras las huellas elusivas como estelas marinas de Mocha Dick. Puede verse en www.archivohistoricoconcepcion.cl/ar_med_cazadores.php

La investigación ha tenido, naturalmente impacto académico, como se refleja en los documentados trabajos del antropólogo Daniel Quiroz, que citaremos en esta edición actualizada. A nivel popular, es la novela gráfica *Mocha Dick: la leyenda de la Ballena Blanca*, de Francisco Ortega y dibujos de Gonzalo Martínez, el trabajo que más ha contribuido a promover la leyenda, en un lenguaje atractivo para el público, en especial el juvenil. Valoro su gesto de enviarme un ejemplar, en agradecimiento a los aportes de este libro, que llaman “espléndido ensayo” en alguna entrevista, a su propia investigación.

En fin, con los años Mocha Dick ha seguido navegando. El nuevo guión del Museo Mapuche de Cañete incluye bellas animaciones de la leyenda de *Tem-*

pulkalwe, las ballenas o *yane*, que llevaban a los muertos a la isla Mocha. Muy lejos de Arauco, en Estados Unidos, mientras tanto, donde la actividad ballenera del pasado es considerada un patrimonio nacional, también resurge de vez en cuando nuestro austral cachalote. En 2013, se reeditó la novela original de Reynolds y, en 2014, apareció un libro infantil: *Mocha Dick: The Legend and Fury*, de Brian J. Heinz, con bellas ilustraciones de Randall Enos. Y si todo esto fuera poco, mencionemos todavía la banda Moby Dick, de rock-metal –o “metal urbano”, como ellos prefieren definirse– con 15 años de trayectoria, muchos conciertos y cuatro discos editados. Se observa pues, que el regreso de las ballenas a las frías aguas del Pacífico, impulsado por las aguas del conservacionismo, es acompañado por un reconocimiento creciente de su valor cultural.

En la primera edición agradecía a dos personas. Con los años la gratitud, junto con la amistad, ha crecido. Uno de ellos era Dante Figueroa H., pención residente en Estados Unidos hace casi dos décadas, quien apoyó mi investigación, desde su labor en la Biblioteca del Congreso, verdadera arca o Leviatán del conocimiento humano; pero, más importante, me acompañó en mis periplos por New London, Mystic Seaport, la isla de Nantucket y New Bedford, donde

“arponemos” juntos el volumen magnífico que motivó este texto.

Muchos de los lugares y vestigios que este libro documenta, como las osamentas que conservaban museos costeros, la casona Gaete en Llico o la poza de la ballenera en la isla Santa María, resultaron muy dañados por el terremoto de 2010. De ahí que tenga un valor especial que hoy su memoria se conserve y se difunda en esta nueva edición; y en colores, como siempre debió ser. Ese rescate patrimonial y la conexión con el territorio de mi infancia, compartida con los personajes de Themo Lobos, son dos buenas razones para reeditar este libro.

Hay una tercera y se relaciona con la segunda persona a quien agradecía, en aquel -tan lejano y tan cercano- 2009. Es la socióloga Violeta Montero B., quien tuvo la imprudente osadía de acompañar mis periplos por la costa lafkenche. En especial recordamos una navegación agitada en un pequeño bote, rumbo a la isla Santa María, en que resultamos empapados por las grandes olas del Golfo de Arauco. Luego de esas aventuras de cacería histórica y antropológica decidimos felizmente unir nuestras vidas ¡El cazador resultó *casado!*

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Que Chile es por definición geográfica un país marítimo, es una realidad que todos aceptamos consciente e inconscientemente, aunque todavía no acabamos de asumirla en plenitud a casi cinco siglos del hallazgo europeo de parte de las tierras que hoy conforman el gran solar nacional y a dos desde el comienzo del proceso de la independencia del Imperio Español y de la formación del estado republicano.

En efecto, su desmesurada longitud, la fisionomía costera y su angostura territorial hacen que el territorio nacional (americano continental) sea desde Arica hasta Maullín una suerte de extenso balcón hacia el que se asoma necesariamente su población, y desde Reloncaví al cabo de Hornos, un vastísimo, multiforme y variado mar interior con el que interactúan sus habitantes de diversa manera. No obstante tal evidencia incontrovertible, por aquello de haber transcurrido principalmente por el interior territorial parte significativa del proceso histórico conformado por la conquista hispana y el esfuerzo consiguiente por sojuzgar a los pueblos aborígenes y el de dar forma paulatina a una nueva comunidad integrada y por el fin de utilizar económicamente los recursos naturales para hacer surgir una estructura productiva, se generó involuntariamente una mentalidad mediterránea (o “de

tierra adentro”) en la sociedad que fue constituyéndose, noción que ha llegado hasta nuestros días por tradición de generaciones. Así, como consecuencia, lo marítimo ha sido algo accesorio o marginal, sentimiento que, afortunadamente, parece ir variando en el presente debido a una mayor y mejor comprensión acerca de nuestra vinculación de distinto orden con el medio marino y nuestra posición relativa respecto del resto del mundo, circunstancias que a su vez condicionan nuestros variados intereses nacionales respecto del ultramar.

Parte de esa realidad la han conformado y conforman los recursos vivos del inmenso mar de Chile que desde incontables generaciones antes de las actuales han interesado a los habitantes del litoral, básicamente en procura del sustento cotidiano. De ello, bien se sabe, derivaron conocimientos, tecnologías, formas de vida y culturas particulares propiamente marineras que de igual modo se incorporaron a la tradición nacional, si bien con menor fuerza condicionante que los originados en las regiones del interior territorial. Esos recursos conforman una fauna variada y rica constituida por peces de diferentes especies, mariscos, moluscos, crustáceos y demás, y por anfibios y cetáceos que los habitantes costeros han sabido utilizar desde tiempo inmemorial para su satisfacción alimentaria.

Entre esos recursos se contaron los grandes cetáceos -genéricamente las ballenas -que pudieron ser aprovechados cuando los mismos por diferentes razones o circunstancias varaban sobre las costas, o, inclusive, cuando se los capturó en el mar en operaciones osadísimas. Testimonio fehaciente de esta última posibilidad son las pinturas rupestres de alta antigüedad que se han encontrado en sectores del litoral septentrional chileno, que muestran escenas de caza de esos grandes animales. Enormes en tamaño, abundantes en carne, grasa, aceite, huesos y otros subproductos, las ballenas fueron especialmente cotizadas por los hombres del mar y litoral de Chile como bienes excepcionales, ciertamente providenciales -verdaderas despensas de provisiones y recursos de utilidad cotidiana-, valoración que con toda su carga sentimental se incorporó al acervo cultural y a sus tradiciones. Así, desde los yámana, sélknam, kawéskar y chonos del sur hasta los changos del norte, las ballenas fueron parte de su noción existencial y de sus culturas particulares.

Al tiempo del arribo de los españoles esa noción estaba plenamente vigente, pero los conquistadores y ocupantes nunca acabaron por asumirla como debían -quizá ni la comprendieron-, y esa antiquísima asociación hombre costero-ballenas se fue perdiendo

u olvidando en la misma medida que se reducían las poblaciones autóctonas litorales.

De ese modo, debió ser gente foránea la que redescubriera la existencia de tan valiosos recursos -cetáceos y anfibios- en el mar y las costas continentales e insulares de Chile, en un momento de la historia de la humanidad en que los mismos eran objeto de altísima demanda económica, al punto de justificar el esfuerzo por encontrarlos y explotarlos donde se los encontrara. Así, entonces, a partir del tercio final del siglo XVIII se inició y desarrolló una actividad de captura sostenida que con avatares de diferente intensidad se mantuvo por los dos siglos siguientes hasta los años de 1980, para cesar ante la inminencia del agotamiento de esos recursos y las consiguientes medidas oficiales de protección indefinida para los mismos, consecuencia a su vez de una creciente aunque tardía conciencia conservacionista colectiva.

Esa actividad económica -la pesquería de anfibios y cetáceos como se la denominó en su hora-, dio origen a una historia singular abundante en sucesos y protagonistas, como en trascendencia variada, sobre la que hasta ahora es muy poco lo que se ha investigado y escrito, en lo que ha sido un cabal reflejo del escaso interés por lo marítimo que ha calificado el trabajo de la mayor parte de los historiadores, en tanto que han sido y son gente de tierra adentro. De allí que puede afirmarse que siempre resulta novedoso cuanto se conoce sobre tan especial acontecer.

Y es en este punto en el que cabe particularizar con la obra historiográfica de Armando Cartes Montory, uno de cuyos frutos es el libre que se presenta *Los cazadores de Mocha Dick. Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del océano de Chile*.

El investigador y autor no es, ciertamente, un novato en la tarea de que se trata. Apasionado por el conocimiento y la divulgación de la ciencia histórica, y en especial de aquella que atañe a la región penquista de la que es originario, hace ya tiempo que ha dedicado y dedica buena parte de sus afanes académicos al estudio y difusión de su pasado, realizándolos con talento y rigor, lo que ha permitido que sus obras sean tenidas y recibidas como otras tantas contribuciones valiosas para el adelanto del conocimiento histórico nacional, además de constituir razones de prestigio para sí. Basta mencionar su libro *Franceses en el país del Bío Bío* (2004) de interesantísimo, ameno e ilustrativo contenido y excelente factura y presentación.

En este nuevo libro se entrega un conjunto de noticias históricas que básicamente son el fruto de investigaciones personales en repositorios extranjeros, principalmente norteamericanos, presentadas como un fenómeno de actividad económica que tuvo al mar de Chile por teatro geográfico, sectorizado particularmente en las aguas y el litoral alledaño correspondientes a la Región del Biobío, en los que desde que hay memoria y hasta el presente se ha registrado y registra la presencia, diversidad e incluso abundancia de

recursos vivos, en especial de cetáceos, circunstancia que motivó su captura y aprovechamiento.

Como corresponde, fueron los habitantes costeros originarios históricos, los mapuches de la parcialidad lafquenche, herederos de una tradición que se remonta lejos en el tiempo, los primeros de quienes se ocupa el historiador, para seguir luego con los principales protagonistas de la epopeya cazadora (que eso fue en realidad), esto es, los foqueros y balleneros ingleses y norteamericanos, y concluir con la faena de captura industrial por parte de empresarios nacionales o extranjeros radicados en el país con bases en diferentes localidades litorales de Arauco y Concepción. Ello se realiza con la debida contextualización histórica, para la mejor comprensión de los lectores, acerca de la importancia de los recursos pelágicos y litorales (pieles de pipípedos, aceite y barbas de ballena principalmente) en la economía mundial del principio de la revolución industrial; así como con la apropiada exposición y valoración respecto de la importancia particular que asumió la actividad de pesquería en la pujante economía emergente de la hacía poco creada Unión Americana, luego de su independencia del Imperio Británico.

Se complementa el trabajo propiamente investigativo con preferencias y consideraciones extensas acerca de las derivaciones mitológicas y literarias de una faena ruda y peligrosa, pero apasionante, como fue la ballenera, que inspiraron la creación de obras señeras en la literatura mundial, como ha sido el caso de la

novela *Moby Dick* de Herman Melville surgida directamente de otra pieza del género como fuera *Mocha Dick*, escrita por Jeremiah Reynolds, cuyo argumento se basó en las actividades de los navegantes norteamericanos en el entorno de la chilénísima isla Mocha.

En suma, *Los cazadores de Mocha Dick, Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del océano de Chile*, es un libro novedoso por su contenido, que conforma una contribución relevante para la historiografía regional y nacional, escrito en un estilo claro, llano, directo y ameno que hace de su lectura un entretenimiento cultural.

Es, por fin, todo un aporte significativo en procura del reencuentro de los chilenos con su realidad geográfica -tierra y mar- y su milenaria tradición que son partes consubstanciales del ser genuino de la nación.

Mateo Martinic B.



INTRODUCCIÓN

En Norteamérica, las ballenas fueron perseguidas ya desde la época colonial. Se cazaron masivamente en busca de aceite para iluminar lámparas, confeccionar velas y, más tarde, a fin de obtener lubricantes para las máquinas de la era industrial. Desde los puertos de New Bedford y New London o la isla de Nantucket, en el noreste de Estados Unidos, zarparon barcos balleneros que recorrieron todos los océanos, en expediciones que solían durar varios años. En esos puertos, durante gran parte del siglo XIX, se “comía, tomaba y respiraba la caza de ballena”. Por las vidas de los que se hallaban en el mar y por el éxito de sus viajes oraba toda la comunidad. Herreros, toneleros, fabricantes de velas y aparejos, carpinteros y artesanos, cada oficio se vinculaba a aquella actividad. De New London solamente, se calcula que zarparon unas mil expediciones balleneras, que habrán requerido unos 25 mil marineros. Una demanda que sólo pudo suplirse con gentes venidas de toda la costa este.

New Bedford, hoy en día, situada no muy lejos de Boston, es una ciudad de unos cien mil habitantes. Mantiene, sin embargo, mucho del aspecto que tenía a mediados del siglo XIX, cuando era el centro de la industria ballenera norteamericana: calles adoquinadas, edificios patrimoniales y mansiones de antiguos armadores y capitanes balleneros. Su distrito histórico -trece manzanas frente al borde costero, que forman el *New Bedford Whaling National Historical Park*, establecido en 1996- contribuye a mantener vivo un legado valioso para la historia marítima de Estados Unidos y del mundo.

Su museo, el *New Bedford Whaling Museum*, contiene la colección más grande y extraordinaria de objetos balleneros y marítimos de Norteamérica. Incluyen el *Lagoda*, una réplica a media escala de un barco ballenero, que permite subir a bordo; esqueletos de cetáceos, implementos del oficio, bitácoras de viejos barcos; Scrimshaw, el arte del dibujo o el tallado en dientes de cachalotes y muchos objetos más. Frente al Museo



Capilla de los Marineros de New Bedford.



Scrimshaw. Dibujo en diente de cachalote, c. 1820. (La pieza pertenece al New Bedford Whaling Museum. *Moby Dick. A picture voyage*, by Herman Melville, editado por Burt, Tamia A. et. Al., 2002, Spinner publications).

16

Ballenero se encuentra la Seamen's Bethel, la capilla de los marineros, que presta servicios desde 1832. Allí acudió Herman Melville, como todos los que se embarcaban en una expedición ballenera, antes de zarpas él mismo en el *Acushnet* en 1841. Diez años más tarde, en su famosa novela *Moby Dick* escribió sobre las placas de mármol que penden de los muros de la capilla y que recuerdan a los marineros muertos en el mar, en la caza de la ballena. Hoy, preside la capilla un púlpito en forma de proa de barco, inspirado en la descripción imaginaria de Melville.

Mi presencia en aquel puerto no era casual. Recorría los lugares donde se desarrolló la épica saga de los balleneros norteamericanos, en busca de sus conexiones con la actual Región del Bio-Bio, en Chile. En especial, con la isla Santa María, la isla Mocha y el puerto de Talcahuano. El mar del sur ocultaba la respuesta a un misterio: si *Moby Dick*, obra funda-

mental de la literatura norteamericana, se inspiraba en relatos -y aun en sucesos- ambientados en la costa austral de Chile.

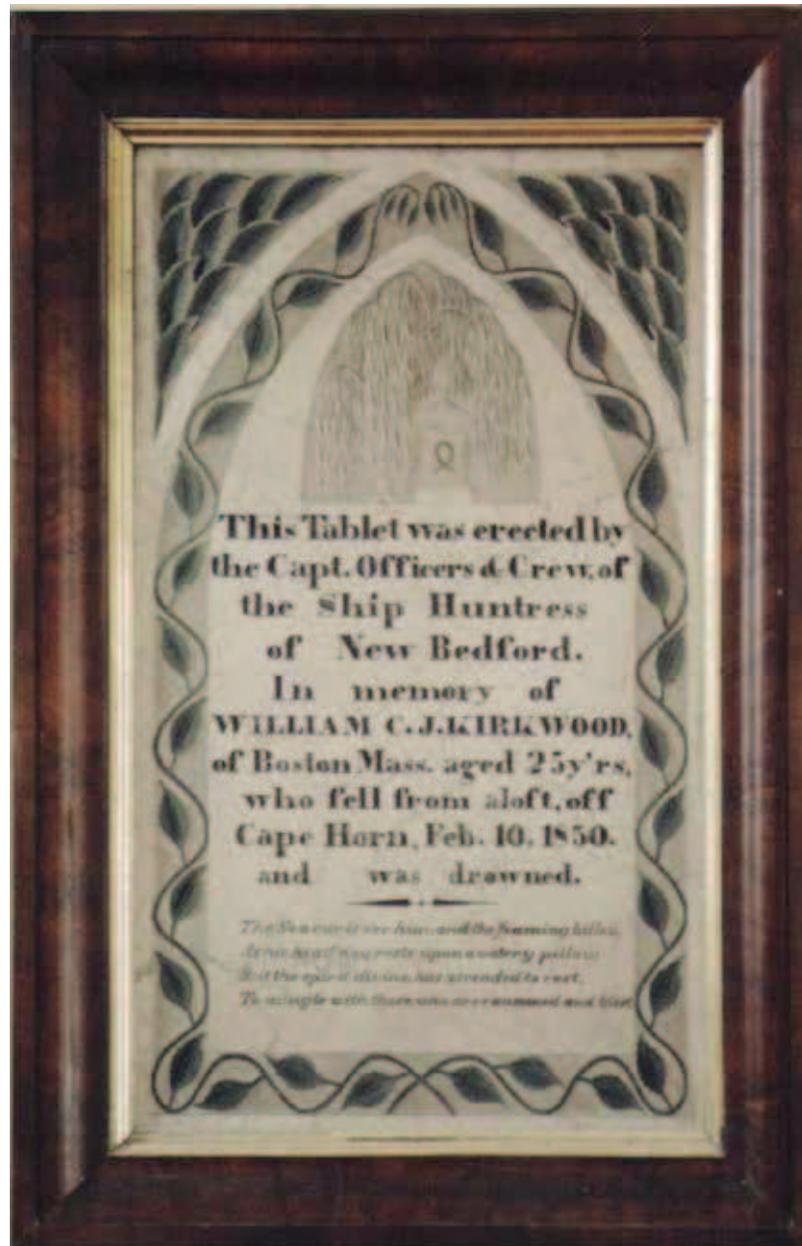
Tales sucesos son naufragios, algunos mitos y una obra literaria. Se trata de *Mocha Dick, the White Whale of the Pacific*, una historia breve publicada en 1839, por un tal Jeremiah N. Reynolds, en una revista norteamericana, sobre una ballena blanca, que enfrentaba con furia a sus cazadores, en las frías aguas del Pacífico Sur. Una breve referencia en el bien investigado libro de Eugenio Pereira Salas, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778-1809*, (Editorial Andrés Bello, 1971), me advirtió de su existencia. Ya habían mencionado el relato Enrique Bunster y Renzo Pecchenino. Ahora me encontraba en busca del texto y de la "conexión noratlántica" de la actividad ballenera en nuestros mares. Mi intención, con ello, era poner en valor una página desconocida, mas de mucho interés y significación, de nuestra propia historia marítima. Las páginas siguientes dan cuenta del resultado de esa búsqueda.

Pero volvamos a New Bedford. Ni aun en su museo ni en el más fantástico de Mystic Seaport, que incluso conserva el último barco ballenero a flote, pude encontrar el texto del *Mocha Dick*. Actualmente, por supuesto, se halla -como casi todo- en Internet. No era así, no obstante, cuando recorría hace unos años las calles adoquinadas de aquel puerto de Nueva Inglaterra. Probé suerte, entonces, en la tienda de un viejo librero, quien me contó que llegó a poseer más de cuatro mil títulos sobre la caza de ballenas, pero que se estaba retirando. Le pregunté por *Mocha Dick* y dijo que lo conocía, aunque creía haberlo vendido. Revisé sus anaqueles, ya con ansiosa desesperanza y

de pronto, en una cuidada edición empastada de 1930 y con grabados de madera, emergió *Mocha Dick*.

Tras la correspondiente negociación, que acometé con fingida indiferencia -y que, naturalmente, el experimentado librero jamás creyó- se acordó por fin el regreso de Mocha Dick a Chile. La ballena blanca, trashumante entre dos océanos siempre preñados de tempestades y naufragios, volvería al remoto Pacífico Sur, después de un siglo y medio de ausencia.

En el curso de mi búsqueda de los vestigios de la actividad ballenera en la Región del Bio-Bio, por los puertos y las islas de Quiriquina, Santa María y la Mocha, pero también por los senderos de la historia, me sorprendió hallarlos dispersos, a lo largo de toda la costa. Son restos dormidos, metales oxidados, viejos relatos y huesos roídos por el tiempo. Congregados ahora en torno a la figura de la ballena blanca, que representa, a la vez, la utopía y el terror de los antiguos balleneros, vuelven a contarnos sobre los cazadores y sus presas. Una historia teñida de crueldad y heroísmo, pero también de conservación y esperanza.



This Tablet was erected by
the Capt. Officers & Crew, of
the Ship *Huntress*
of New Bedford.
In memory of
WILLIAM C. J. KIRKWOOD,
of Boston Mass. aged 25y'rs,
who fell from aloft, off
Cape Horn, Feb. 10, 1850.
and was drowned.

*The Sun can't see him, and the flaming hills,
Aren't here to rest upon a weary pillow
But the spirit divine, has attended to rest,
To mingle with their own command and bliss.*



Púlpito de la Capilla de los Marineros.

Plancha de mármol en la capilla de New Bedford, en memoria de un marino muerto en el mar, en las cercanías del Cabo de Hornos .